

Nota preliminar:

El Dr. Cañedo, director de *Rilce* desde su fundación, murió en el verano de 1992. Al publicar este volumen de nuestra revista en su homenaje le rendimos tributo de amistad. Las líneas que, en su recuerdo, abren estas páginas las escribí con urgencia para el periódico de la Universidad, *Redacción*, que deseaba también evocar a quien fuera durante tanto tiempo una verdadera institución entre nosotros. Las reproducimos ahora como pequeña introducción a su figura. Espero que su brevedad y rapidez dejen al menos percibir el sentimiento compartido de todo el Consejo de Redacción y de quienes lo conocieron en sus tareas cotidianas en la Facultad.

El Dr. Cañedo, amigo y maestro

Se me ha pedido una semblanza del Dr. Cañedo, y me parece increíble que su desaparición provoque hoy la ocasión de recordarlo en estas páginas. Va a ser muy difícil reconstruir la imagen de nuestra Facultad sin su presencia física. Desde siempre el Dr. Cañedo ha estado en nuestra Facultad, y creo que seguirá estando y viviendo en quienes fueron y fuimos sus alumnos, colegas y amigos. En mi época de estudiante era para los que nos iniciábamos en el mester filológico, un emblema, cifra y compendio del arte de enseñar; después fue mucho más.

Quien quiera representarse la trayectoria de la división de Filología, y en particular la trayectoria de los estudios literarios, no podría hacerlo sin que el Dr. Jesús Cañedo estuviese, como en los escenarios del Siglo de Oro, en el hueco central del teatro, en una de las apariencias de mayor relieve. Unas semanas antes de su muerte cumplía los 25 años de su cátedra y recibía, ya enfermo, el homenaje de todos. Veinticinco años (fueron más) de empeño y de trabajo, de ejemplo y de logros. No nos imaginábamos, en ese homenaje, que pronto deberíamos rendirle otro, con nuestro adiós emocionado y melancólico.

Por más que los años vuelen fugaces —la vida es caminar breve jornada— el proceso de la fundación y afirmamiento de la Universidad es sin duda un proceso largo, pausado, pleno de tareas y de cuidados. Una parte no pequeña de esta empresa correspondió al Dr. Cañedo, y siempre le vimos abordarla con ilusión y confianza. Ninguna raíz puramente material podía cimentar su empeño humanista y su dedicación: para cualquiera que conociera aunque fuese muy superficialmente al Dr. Cañedo, se aparecía obvia su vocación.

Conocí al Dr. Cañedo desde los primeros momentos de mi carrera, y desde entonces mi vida en la Universidad de Navarra estuvo en muchos aspectos ligada a su magisterio y a su amistad. Pude apreciar, en largas conversaciones sobre lo humano y lo divino, muchas de sus facetas; trabajé a sus órdenes en el que siempre será, para nosotros, inolvidable departamento de Literatura Medieval y del Siglo de Oro; discutí con él del *Lazarillo* y de Jorge Guillén, del teatro de Lope y de las novelas de Elena Poniatovska, de Proust (que era su escritor favorito) y de Dostoyevski (que era el mío)...; como a otros muchos, me enseñó a leer y a escribir, y sobre todo a intentar servir con la mejor voluntad. Y sin embargo no me es fácil trazar la semblanza de una persona como el Dr. Cañedo, de omnímoda curiosidad intelectual y de habilidades múltiples y admirables.

Conservó, quizá de su estancia en Alemania, en su primera etapa profesional, antes de incorporarse a la Universidad española, una mirada atenta a un entorno que nunca se limitó a las fronteras de lo local. Quien repase las áreas de su investigación y reflexión crítica lo encontrará ocupado en la novela española de la posguerra, a la que dedicó un muy importante artículo en 1949; y no se sorprenderá al leer sus comentarios sobre el espléndido novelista portugués Eça de Queirós... Variedad de intereses entre los que sin duda resalta la preferencia por el Siglo de Oro. A la novela picaresca, por ejemplo, dedicó una trilogía de acercamientos críticos que constituyen un verdadero vademecum para transitar por ese género tan crucial en la literatura española: «Tres píca-

ros, el amor y la mujer», «La naturaleza en la novela picaresca» y sobre todo «El curriculum vitae del pícaro», referencia inexcusable para comprender el perfil de los protagonistas picarescos, Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache y don Pablos de Segovia. Debo confesar, no obstante, que yo conocí con cierta familiaridad a estos personajes antes de leer los trabajos del doctor Cañedo: me los había presentado él mismo en sus memorables clases de un cada vez más lejano segundo curso de filología hispánica.

En los textos con que ilustraba sus explicaciones, uno creía ver al pobre destrón y escuchar al ciego sagaz; y en la maravillosa representación de un profesor que amaba su oficio, los asistentes a los tinelos de Torres Naharro, los pobres condenados de la Barca del Infierno vicentina, los airosos galanes de fray Lope de Vega Carpio, o los mostachudos rufianes de Quevedo salían del papel y vivían sobre la tarima del aula 33 para la ilustración y el deleite de un grupo de estudiantes a quienes la cortedad de principiantes y el respeto de las aulas impedía aplaudir como los mosqueteros aplaudían a los comediantes del corral de la Cruz o del Príncipe.

Porque, si hay alguna cosa destacable, de entre las muchas que el Dr. Cañedo ofreció a las sucesivas promociones de filólogos, es esa fascinación por el oficio docente, la dedicación y la perfección con que siempre supo desempeñarlo.

Si hoy existe un departamento de Literatura que —con todas sus humanas debilidades— trabaja con ilusión, lo debemos al Dr. Cañedo, a quien correspondió la fundación del primer departamento de literatura que nació en la Universidad de Navarra. Si los filólogos de la Universidad de Navarra disponemos de una revista profesional que cada día trabaja en persecución de su reconocimiento científico, RILCE, al Dr. Cañedo lo debemos, que la fundó y dirigió desde su fundación. RILCE salió acogida en sus primeros números al Instituto de Lengua y Cultura Españolas, que el propio Dr. Cañedo dirigía, porque su labor no se limitó nunca a los ámbitos exclusivos de su departamento o de su Facultad.

Quien escasamente siembra, escribe San Pablo, cogerá escasamente; y quien siembra a manos llenas a manos llenas cogerá.

Haga cada cual la oferta conforme lo ha resuelto en su corazón, no de mala gana o como por fuerza: la entrega que el Dr. Cañedo mostró siempre a su oficio docente y a la Universidad de Navarra fue una entrega total. Combatió bien su combate. Siempre se lo agradeceremos. Nunca lo olvidaremos.

Ignacio Arellano.

